

cruzando montañas y atravesando ríos, habían explorado regiones desconocidas, habían congregado pueblos y ciudades, erigido monumentos y realizado obras gigantes, levantado iglesias é instituido todo género de establecimientos de piedad y de beneficencia. Con la caridad digna de sus creencias y la largueza propia de su carácter, nos habían dado cuanto tenían: su religión, su lengua, sus costumbres y su sangre; eran nuestros padres y no amarles era una aberración monstruosa. Aborrecer y despreciar á los mexicanos que eran sus hijos, también era de su parte una impiedad execrable. La unión sincera é indisoluble de ambas generaciones, un ósculo inacabable de eterna paz entre ellas, era el primer fundamento de toda esperanza para el porvenir.

La imperfección de la naturaleza humana hace que no estén los hombres exentos de los defectos de sus propias cualidades: la energía y valor de los españoles degenera en una tenacidad sorda á toda voz de avenimiento y de razón, que sólo es dominable por la fuerza. Se acusa á jefes de la insurrección y especialmente á Morelos é Itur-

bide, de sanguinarios, y se olvida que los enemigos á quienes tenían que combatir como Calleja, Cruz y Concha, lo eran mucho más. La guerra es una calamidad y una abominación; pero ya en ella sólo puede hacerse con sangre. Su lógica incontrastable es la sangre: el nudo de la guerra no se desata con clemencia sino con justicia; pues la clemencia, como decía Cortés, no es virtud en el que pelea, sino en el vencedor.

Ese fué el mayor prodigio del plan de Iguala y del genio de Iturbide: persuadir á los españoles de que la causa de la independencia era legítima, incontrastable y santa; que los sucesos aconsejaban y el bien de todos y la justicia exigían que México fuese independiente, sin sangre y sin odios, sino en ejercicio de un derecho augusto é inalienable; como un hijo que al sentir la plenitud de la juventud y la mayoría de la edad, se emancipa con todo el beneplácito y con todas las bendiciones de su padre. México necesitaba y quería hacerse independiente á toda costa; pero fué maravilloso que merced á Iturbide lo lograra, sin violencias ni sacudimientos. Nuestros padres que lo presenciaron, refe-

rían que el de la entrada del Ejército Tri-
garante á la Capital, fué un día de sublime
y universal fraternidad: que se confundían
en uno los vítores por México y por España,
y que en las plazas y calles llorando de
emoción, se abrasaban sin conocerse las
gentes. Aun después de muchos años, nues-
tros padres no podían hablarnos de aquel
día, sin que se les arrasaran en lágrimas
sus ojos.

La unión y la independencia eran gran-
des bienes, pero inútiles sin la religión,
que es el primero y mayor de todos, como
lo es el fin sobre los medios. Las más altas
potestades de la tierra no son más que vi-
carios humildísimos y misérrimos obreros
del Altísimo; y los más estruendosos y
trascendentales sucesos de la historia, re-
percusiones en el tiempo, de los eternos de-
cretos de la Providencia Divina, en orden
á la salvación de las almas inmortales, que
es el designio de su sabiduría infinita y de su
amor sin límites. Criado á la luz del Evan-
gelio y lactado con la doctrina católica, Mé-
xico tenía el de su fe como su único y ver-
dadero tesoro. Si las instituciones políticas
y las conformaciones sociales no son como

un puente tirado desde el tiempo á la eter-
nidad, para facilitar el tránsito feliz de uno
á la otra, á las generaciones: no sólo care-
cerían de objeto sino que serían contrarias
á su fin esencial. Con merma de la fe ó me-
noscabo de la piedad, toda falaz dicha es
pérdida y toda prosperidad es funesta y en-
gañosa: éstos eran los sentimientos unáni-
mes de la nación mexicana é Iturbide com-
prendiéndolo así y de acuerdo con los
propios suyos, proclamó en su plan, la con-
servación y aumento de la Religión, como
la primera y más fundamental garantía del
porvenir social y político de México.

Religión, unión é independencia, este fué
el plan de las Tres Garantías proclamado
por Iturbide en Iguala: sencillo fué como
la verdad y será inmortal como el *bien*.

Pronto habrá trascurrido un siglo desde
que ese plan se proclamara, y la experien-
cia de muchos años de infortunio, que es el
más imparcial y provechoso de los testimo-
nios, le han hecho merecida justicia á su
sabiduría, enseñándonos que por olvidarlo
y despreciarlo, le han venido á México to-
dos sus males, y que volver á él de lleno y
con sinceridad, es la sola esperanza razo-

nable y sería que le queda de remediarlos. La división aunque silenciosa profunda y el odio aunque solapado intenso, que trabaja los corazones mexicanos, no son hijos de nuestras sangrientas revueltas ni de nuestras pasiones políticas, sino de la degradación de nuestro carácter y la corrupción de nuestros sentimientos. Es triste y enojoso, pero el primer deber del que habla en voz alta y en presencia de muchos es decir la verdad, por amarga y dolorosa que sea. Al debilitarse nuestra raza en lo físico, ha degenerado en lo moral nuestro carácter, en egoísta, servil, envidioso y falso en las clases ilustradas; y en apático, perezoso y afecto en el pueblo pobre. Fuera de la del segundo Imperio que fué una guerra en que lucharon ideas y sentimientos sinceros y en que se batieron los intereses nacionales, la mayor parte de nuestras otras revueltas no han tenido más móviles y designios, que el triunfo de ambiciones bastardas y codicias trastreras. Con un hecho abrumador corrobora nuestra historia las terribles acusaciones que arroja sobre nuestra cabeza; sólo dos medios ha habido hasta hoy de gobierno: ó por el interés vil, que es el cebo

de los corazones corrompidos; ó por el miedo, que es el resorte de las almas degradadas. Si no volvemos á la sincera y cordial unión proclamada en Iguala, no podemos seguir viviendo como nación: no es posible la existencia como cuerpo político, de un pueblo en que para los muy pocos sea todo, el poder, la gloria, el oro, los honores y las fruiciones del vencedor; y para los muchos, todas las humillaciones, los tributos, las miserias y servidumbre de los vencidos.

Tampoco puede persistir ese divorcio entre el pueblo y los poderes públicos, provocado por la constante hostilidad de éstos á las creencias religiosas de la nación. La separación entre la Iglesia y el Estado es una dolorosa necesidad en los pueblos que han perdido la fe; pero ni aun esta triste separación se comprende, convirtiéndola en una persecución tan alevosa como cruel, contra la religión verdadera. La inmensa mayoría de la nación mexicana persevera católica; pero la apostasía oficial de sus poderes públicos, cría un constante conflicto entre el gobernante y gobernados, que hace odiosa y desprestigia la autoridad de los unos, y hace infeliz y llena de amargas,

la vida social y doméstica de los otros. Mientras subsistan las leyes que codifican esa persecución, será más desgraciada la suerte de los católicos en México, que en otros países heréticos ó cismáticos. Volver á la religión verdadera, por el camino de la libertad sincera, ilustrada y honrada; es no sólo una conveniencia sino una necesidad apremiante y absoluta.

La reversión á la piedad y á la unión, será un buen camino para afianzar la independencia nacional. Querer eludirlo con sólo negarlo, no es medio eficaz de conjurar el peligro. Los que lo han atraído y exacerbado, para atenuar su responsabilidad ante sus coetáneos y los pósteros, niegan el peligro; pero éste existe y el instinto de propia conservación se los revela á todos los amenazados por él. No está asegurada nuestra autonomía social y política. Una influencia extraña y poderosa que como los anillos de una serpiente gigantesca nos envuelve de pies á cabeza, nos priva de toda acción libre y amenaza sofocarnos: se siente ya como si el suelo se escapara de nuestras plantas y las playas de la patria se alejaran en silencio de nosotros.

Inútil sería volver nuestros ojos hacia el Oriente. El conflicto del "Alabama," la expulsión de Bazaine y sus cuarenta mil hombres, la exención del servicio militar en el Imperio Germánico alcanzada con sólo una corta residencia en la República Americana, la indemnización Mora y las satisfacciones al "Alianza," y los linchamientos de Nueva Orleans, bastante revelan la impotencia de Europa por sí sola, y á tan larga distancia. Quizás es llegado el momento de fincar nuestras esperanzas en la realización del sublime y simultáneo deseo de Bolívar é Iturbide: la fraternal y eficaz unión de todas las razas latinas de América entre sí, y la alianza sincera de todas ellas con las naciones del Viejo Mundo. Es muy grande desgracia, pero es una necesidad de nuestro siglo, para que sea escuchada y atendida: tener que darle á la justicia por intérpretes, el interés y la fuerza.

Antes no era realizable la unión Hispano-Americana por la dificultad de las comunicaciones, y la falta de intereses concretos, y peligros comunes é inmediatos, que la hiciesen urgente. Hoy que por Tehuantepee acaban de comunicarse los dos

océanos, y que la sugestión que ha provocado y los auxilios que mantienen la insurrección de Cuba, han hecho más patente y apremiante el peligro, quizás es llegado el momento oportuno de llevarla á cabo, pronta y felizmente. La raza latina en América forma veinte nacionalidades, ocupa una extensión de treinta millares de kilómetros y cuenta sesenta millones de almas. Cerca de 600.000,000 suman anualmente sus importaciones y como 500.000,000 sus exportaciones, lo que da á su comercio un volumen anual de más de mil millones de pesos.

El canal de Panamá, si no técnica y financieramente, se ha hecho una empresa casi imposible; y poco menos difícil es la de Nicaragua. La ciencia moderna cree, que el trayecto menos difícil y menos costoso, sería el del canal que se abriese por Tabasco y Tehuantepec desde la laguna de Santa Ana y aprovechando la cuenca del Grijalva, para bajar hasta la Laguna Inferior en el Pacífico. De hecho y hasta hoy, la mejor comunicación interoceánica en América, será el ferrocarril de Tehuantepec, por ser éste el más corto y mejor situado, no sólo con respecto á las dos costas del Nuevo

Continente, sino con relación al trayecto marítimo entre Europa y la parte oriental del Asia, pues si bien la ruta por Suez es menos larga, no tiene la ventaja de tener á mitad de su camino por mercado intermedio, todo un mundo, como la de Europa al Asia, pasando por América.

Si las naciones del Nuevo Mundo, en su calidad de tales, se asociasen para formar una vasta y grandiosa empresa, cuyo fin ulterior fuese la apertura del canal interoceánico en América, y que tuviese por objeto inmediato el servicio marítimo de ambas costas de ésta y las comunicaciones directas de Europa y Asia á través de Tehuantepec, ya habría de hecho, un punto de contacto, un interés común y una frecuencia de relaciones, que podían servir de base sólida y duradera á la unión hispano-americana. Para que esta alianza no mermase la independencia, ni ofendiese la dignidad de ninguna de las naciones aliadas, las atribuciones del congreso que formasen los representantes unidos de ellas, debieran limitarse á constituir un tribunal supremo de arbitraje, que fijase el derecho público, á fin de impedir las tiranías y revueltas in-

teriores; un consejo anfritrónico que hiciese imposible la guerra entre ellas, y una procuraduría eminente, que en representación de millones de hombres, pudiera declarar excluido del comercio y trato con todas ellas, al pueblo que atentase contra los derechos de cualquiera de las naciones así unidas, por ese pacto de verdadera y sublime fraternidad.

Esa alianza que sería la paz y la seguridad de la raza latina del Nuevo Continente, y la mejor garantía para México de su independencia, no es sólo una ráfaga de caridad cristiana deslumbradora y fugaz, no una brillante é irrealizable utopía: el peligro actual la hace necesaria y la oportunidad de las circunstancias fácilmente la haría. Se calcula que el establecimiento de esa flota importaría cien millones de pesos, y que los estados latinos de América aunque pobres, podrían fácilmente conseguir la parte que proporcionalmente les correspondiera á cada uno, en las naciones ricas de Europa y del Asia.

No puede tributarse mejor homenaje de admiración al plan de Iturbide, que reconocer después de setenta años de extravíos, la

necesidad en que estamos de volver á él, con sinceridad y de lleno.

Grande fué el beneficio, y como fueron sabias las medidas que empleó, fueron heroicas las virtudes que desplegó Iturbide, para alcanzárnoslo. Con sólo la inspiración de su genio y el prestigio de su heroísmo, nos libró de tantos y tan graves males. Para lograr tan alto fin no escogió otros medios que la razón y el amor: la religión, la unión, la independencia, fueron las bases de su plan inmortal. En siete meses ejecutó tan gran designio sin lágrimas ni sangre. Más tarde, cuando la gratitud nacional colocó en sus gloriosas sienes la corona imperial, probó la rectitud de sus intenciones con la abdicación y su ostracismo voluntario.

Después ¡qué horror y qué vergüenza! Cuando las balas disparadas por nuestras manos parricidas, atravesaron su magnánimo y noble corazón, sus últimas palabras de perdón al expirar, fueron todavía un postre voto por nuestra prosperidad.

Sabemos ya quién fué el Libertador de México D. Agustín de Iturbide, y todo lo que hizo y cómo lo hizo, por nosotros. Pro-